

XXIV

Metida en un coche de alquiler, entre las primeras brumas de la noche, la señora de Bonmont volvía con el corazón oprimido á ver á *Rara* y á recoger el anillo de amatista. Pero temía alguna desgracia. Cuando el coche, después de pasar el puente de Europa, se paró delante de la puerta de su amigo, la señora de Bonmont vió que la Avenida estaba negra de sombreros y levitas. Había gran movimiento, semejante á una mudanza ó á un entierro. Varios hombres metían en un coche carpetas y legajos. Otros hombres bajaban una maleta, y la señora de Bonmont reconoció el viejo cofre lleno de papel de oficio, en el cual *Rara* había metido tantas veces y tan furiosamente sus brazos velludos y su cabeza arrebatada.

Permaneció helada de espanto cuando oyó que la portera la decía al oído:

—¡No entre usted! ¡Huya en seguida! ¡Es el juez, el comisario, la policía. Han cogido papeles en casa del señor, y lo han sellado todo.

El coche se llevó á la señora de Bonmont, anadada. En el abismo donde se veía caer, al desprenderse de su perdido amor, pensó, sin embargo:

—¿Y el anillo de monseñor Guitrel también estará sellado?

XXV

Hacia tres meses que hablaban de ello. El señor Bergeret contaba en París con amigos que nunca le habían visto. Esos amigos son los más seguros; actúan por razones puramente intelectuales, superiores y absolutas, y son atendidos cuando hacen una recomendación favorable. Los amigos del señor Bergeret opinaron que su sitio estaba en París. Pensaron en llevarle allí. El señor Leterrier se consagró á ello con toda su influencia; y fué un hecho al fin.

Al señor Bergeret le encargaron un curso en la Sorbona. Al salir de casa del decano Torquet, que le había comunicado su nombramiento en los términos más correctos, el señor Bergeret, al encontrarse en la calle, vió las tejas de pizarra, los muros de piedra que tantas veces había visto, la bacía de metal, que se balanceaba sobre la puerta del barbero, la vaca rubia que servía de muestra al lechero, la canal de bronce que arrojaba agua en la esquina de la calle de Josde: y aquellas cosas tan familiares de pronto le parecieron extrañas. Aquellas losas que tantas veces habían sufrido sus pisadas, inseguras por la tristeza ó la fatiga, tal vez aligeradas por un poco de alegría ó de entretenimiento, no las reconocían de pronto sus pies. La ciudad cuyas cimas y campanarios veía elevarse en el cielo gris, le parecía una

ciudad extraña, lejana, apenas real; menos una ciudad que la imagen de una ciudad. Y esa imagen se empequeñecía á sus ojos.

Las personas y las cosas aparecían alejadas y disminuídas para él. El cartero, dos criadas y el escribano del tribunal, que tropezó al paso, le parecían figuras de un cinematógrafo; tan alejados los juzgaba de vivir la vida que él vivía.

Después de haber sentido, durante algunos momentos, estas impresiones singulares, acabó por hacerse cargo, pues era reflexivo y poseía la facultad de observarse á sí mismo. Y así se procuraba un inagotable motivo de sorpresa, de ironía y de piedad.

—He aquí—se dijo en aquella ocasión—; he aquí que esta ciudad, donde he vivido quince años, me parece de pronto extraña porque me ausento de ella. Y es más: ha perdido, en cierto modo, para mí, su realidad. No existe desde que ya no es mi ciudad. Es una vana imagen, porque los objetos abundantes y considerables que hay en ella no me interesaban más que porque se relacionaban conmigo. En cuanto yo me desprendo, no existen ya para mis sentidos. De modo que esta población numerosa, que descansa sobre una colina, al borde de un gran río, antiguo *oppidum* de los galos; esta colonia, donde los romanos construyeron un circo y templos; esta ciudad fuerte, que sostuvo tres sitios memorables; donde se celebraron dos Concilios; que ha sido enriquecida con una basílica cuya cripta subsiste aún; con

una catedral, una colegiata, diez y seis iglesias parroquiales, más de sesenta capillas, un ayuntamiento, mercados, hospitales, palacios; que, agregada desde muy antiguo al patrimonio del rey, se convirtió en capital de una gran provincia, y que conserva todavía, en el frontón del palacio del gobernador, dispuesto para cuartel, sus armas rodeadas de Virtudes y de leones; esta ciudad, sede de un arzobispado, de una facultad de Letras, de una facultad de Ciencias, de un tribunal de primera instancia, de una Audiencia; capital de un rico departamento: la llevaba yo entera dentro de mí. La poblaba de mí mismo. No existía más que para mí. Al irme se desvanece. No me conocía yo una imaginación sugestiva hasta la demencia. Se desconoce uno, y se es un monstruo sin saberlo.

De este modo se analizaba el señor Bergeret, con una sinceridad inaudita. Pero al pasar delante de San Exuperio se detuvo bajo el pórtico del Juicio final. No se había cansado nunca de admirar aquellas viejas esculturas descriptivas; de entretenerse con las historias grabadas en la piedra. Cierta diablo, que tenía una cabeza de perro sobre la espalda y un rostro de hombre en las posaderas, le hacía mucha gracia. Aquel diablo arrastraba una hilera de condenados encadenados, y sus dos fisonomías tenían la expresión de verdadero contento. Había también un fraile, á quien un ángel agarraba por las manos para subirle al cielo mientras un diablo le tiraba de los pies. Aquello

entretenía mucho al señor Bergeret. Pero nunca había contemplado con tanto interés las imágenes de que tan pronto se alejaría.

No se cansaban de mirarlas sus ojos. La concepción ingenua del universo que habían expresado allí obreros que se afanaron en su obra quinientos años atrás, le enternecía. Juzgola tan amable como absurda. Lamentaba no haberla estudiado mejor, no haberla examinado con bastante simpatía hasta entonces. Pensaba que dentro de poco tiempo no vería aquel pórtico del Juicio final, que vio tantas veces dorado por el sol ó azulado por la luna, riente con la luz clara ó tenebroso en el invierno.

Sintió entonces que se hallaba ligado á las cosas por lazos diversos que no se rompen sin pena, y le invadió de pronto una inmensa ternura por su ciudad. Sentía cariño por las viejas piedras y por los árboles. Alejóse de su camino para ir á ver un olmo al cual prefería entre todos: el olmo bajo el cual acostumbró á sentarse en verano al declinar el día. El hermoso árbol, despojado de sus hojas, desplegaba desnuda y negra bajo el cielo su poderosa y fina textura. El señor Bergeret le contempló detenidamente; el tranquilo gigante no mostraba estremecimientos ni murmullos. El misterio de su vida pacífica inspiró profundas meditaciones á aquel hombre que partía para un nuevo destino.

De este modo conoció el señor Bergeret que amaba la tierra de su patria, la ciudad donde ha-

bía experimentado tribulaciones y donde había disfrutado alegrías tranquilas.

XXVI

Monseñor Guitrel, obispo de Tourcoing, dirigió al presidente de la República la siguiente carta, cuyo texto fué reproducido *in extenso* por la *Semana Católica*, *La Verdad*, *El Estandarte*, *Los Estudios* y otras varias publicaciones periódicas de la diócesis:

«Señor Presidente.

«Antes de dirigir á sus oídos justas quejas y reivindicaciones demasiado bien fundadas, déjeme disfrutar, durante un breve momento, de la dulzura profunda de sentirme perfectamente de acuerdo con V. E. en un punto que debe en efecto sernos común; permítame que, penetrando los sentimientos que han debido agitarle en estos largos días de prueba y de consuelo, me una á V. E. en un arranque patriótico. ¡Oh! ¡Cuánto ha debido gemir su generoso corazón viendo que una reducida hueste de hombres extraviados, lanzaba injurias al ejército, con pretexto de defender la justicia y la verdad! ¡Como si pudiese haber una verdad y una justicia en oposición con el orden de ideas de las sociedades y la jerarquía de las potencias establecidas sobre la tierra por Dios mismo! ¡Y de cuánta alegría ese mismo co-